

## *Los repatriados de Filipinas*

Jesús FLORES THIES <sup>1</sup>

Es indudable que la «guinda» de aquel amargo pastel del «Desastre», es decir, de la guerra hispano-americana, tanto en las Antillas como en el Pacífico, fue la repatriación de nuestros pobres soldados, los que habían luchado en las colonias porque no habían podido «redimirse» mediante el pago 1.500 pesetas, más tarde aumentadas a 2.000, una de las mayores injusticias institucionales de nuestra Historia reciente.

Cuba y Puerto Rico, es decir, nuestras últimas posesiones en las Antillas (hoy llamadas, de forma más folklórica, Caribe) son dos islas mucho más conocidas por el español medio que las islas Filipinas. Cuando se habla del desastre del 98 se hace mucha más incidencia en la guerra cubana que en la filipina, ya que ésta viene a ser una especie de estrambote al relato general.

Las razones son múltiples, pero vamos a citar las más importantes: la mayor relación que existió, y ha existido, entre Cuba y Puerto Rico y España que con las islas Filipinas; la posterior pérdida del idioma español en Filipinas, eficaz labor de los vencedores norteamericanos que hicieron, y han hecho, todo lo posible para erradicarlo de aquellas islas. Conviene recordar aquí que después de la destrucción de gran parte de la ciudad «intramuros» de Manila, es decir, al antiguo barrio colonial, destrucción provocada por la guerra con el Japón, los norteamericanos solucionaron el problema del noble barrio pasando por encima las excavadoras que borraron lo que ellos querían borrar, no dejando en Manila apenas un leve rastro de la presencia española durante más de 300 años. También hay que considerar la lejanía (Cuba a unas 4.000 mi-

---

<sup>1</sup> Coronel de Artillería.

llas, Filipinas a 8.000); el mayor mestizaje en las Antillas que en las islas del Pacífico, etc.

Para situar en el mapa, no sólo las islas Filipinas, sino la de aquellas otras islas y archipiélagos que perdimos en el desastre, nos van a permitir que hagamos un veloz repaso a la Historia y Geografía de las Filipinas, así entenderemos mejor las enormes dificultades de aquella repatriación que se prolongó en el tiempo muchos meses, en relación con lo de las Antillas, con sus inconvenientes y, todo hay que decirlo, paradójicamente algunas ventajas.

Descubiertas, por decirlo de algún modo por Magallanes (hay que tener en cuenta que en aquellas islas ya estaba, en parte, asentada la fe islámica), fueron colonizadas por Legazpi y Urdaneta, dos genios españoles. El primero iniciaría la colonización con cincuenta y ocho años, siendo su nieto jefe de su guardia; y el segundo, Urdaneta, fraile agustino, retirado a Guadalupe, cansado de conquistas, viajes y descubrimientos (tenía Urdaneta una hija natural), al igual que otros muchos conquistadores, quiso pasar en la oración y silencio de los conventos los últimos años de su azarosa vida. Urdaneta había dado la vuelta al mundo, aunque en bastante más tiempo que Elcano, ya que estuvo prisionero de los portugueses en el Moluco. Felipe II le encarga el mando de la expedición que quiere enviar a las islas que Magallanes llamó de San Lázaro, y Quirós, años más tarde, Filipinas. Urdaneta acepta el ir como piloto, pero no quiere mando de flota alguna, por lo que es nombrado entonces Legazpi Capitán General. Urdaneta sería, además, el descubridor de retorno a América por el mar del Japón (subían los barcos del «retorno» más al norte del paralelo 40 para dirigirse hacia el este, hasta América y alcanzar, aproximadamente, la altura de altura de Vancouver, que, no olvidemos, también llegó a ser española esa tierra, hoy perteneciente al Canadá, en tiempos de Carlos III. Después, costeano, hasta Acapulco.

Se dice que la colonización de Legazpi fue la más humana de todas las colonizaciones españolas. Pese a todo, jamás se pudo tener un dominio total sobre las Filipinas. En la época de la guerra hispano-americana, grandes extensiones del territorio de Filipinas permanecían fuera del dominio español. En la película con la que televisión española quiso subrayar un programa sobre aquella guerra, «La jungla en armas» (ignoraron la que mejor podría dar una idea, «Los últimos de Filipinas») los norteamericanos se ven enfrentados a tribus, «moros», reacios a cualquier dominio extranjero. Y hoy día, sigue sin haber un dominio absoluto del Gobierno filipino sobre todo su territorio.

Magallanes también había descubierto la isla de Guam, la que bautizó como de Los Ladrones, la más meridional de las Marianas, que con las Palaos y Carolinas formaban parte del muy inconsistente dominio español en el Pacífico. Tan inconsistente, que España rozó la guerra con la Alemania de Bismark que pretendía asentarse en aquellos archipiélagos alegando la no exis-

tencia, en muchas de aquellas islas, de establecimientos o factorías españolas. Dos días después de haber descubierto Guam, divisaba Magallanes la isla de Samar en las Filipinas. Ya hemos citado a Legazpi quien, después de frustradas expediciones de otros navegantes, casi todas acabadas en desastre, consiguió, no sólo que sus barcos llegaran a Filipinas, sino que pudieran regresar, lo que en aquella época no estaba al alcance de cualquiera. De aquellas expediciones fracasadas se derivaba algún otro descubrimiento, como el realizado por Torres, piloto portugués de la expedición de Sarmiento, que fue el descubridor del estrecho que lleva su nombre, entre Nueva Guinea y Australia.

El territorio insular filipino, casi un millar de islas, es muy superior al de Cuba y Puerto Rico juntos. Sólo la isla de Luzón tiene una extensión algo menor que la de la isla de Cuba. Luzón tiene 105.704 kilómetros cuadrados, Cuba 114.424 y Puerto Rico 8.897. La extensión total de las Filipinas es de 297.370 kilómetros cuadrados.

La presencia española en Filipinas a lo largo de los siglos, debido a la diversidad de islas y la resistencia de muchos isleños, es mínima. Esta situación se mantendrá hasta muy poco antes de la guerra hispano-americana. Comparando los datos de un libro editado unos cuarenta años antes del desastre, con otro editado en 1891, vemos que la presencia española (el porcentaje de españoles en comparación con los indígenas) seguía sin haber cambiado en lo fundamental. Gran parte del territorio no estaba sometido a los españoles que se habían instalado principalmente en las franjas costeras. Luzón, por ejemplo, tenía una zona independiente donde vivían «tribus feroces y salvajes», al decir de TORRES VILLEGAS, autor de una «Cartografía Hispano-Científica». Mindanao, una de las islas mayores, estaba parcialmente colonizada. En esta isla, la parte dominada por España no era en 1852, fecha de edición de esa Cartografía, un todo continuo, sino separado por zonas sin dominar. En aquellas fechas existía en Mindanao un reino independiente cuyo principal negocio era la piratería. En Samar, aquella primera isla vista por Magallanes, todo el interior estaba sin someter; sólo estaba colonizada la costa occidental de la isla de Leite. En Zebú y Bohol, el interior estaba sin someter. Negros, Panay, Mindoro... por el estilo. Y estamos citando las islas mayores, las principales.

Además de la escasa presencia española, otra característica de las Filipinas, comparadas con Cuba y Puerto Rico, era la enorme diversidad de razas, pueblos y religiones. La más extendida, la mahometana. Solamente en Mindanao estaban los malayo-mahometanos (moros), los «manobos» (mezcla de negros y malayos); los «mamannas» (también llamados «hombres del bosque»); los mandayas de raza china, etc... Había en Filipinas una gran inmigración de chinos que se dedicaban principalmente al comercio, si bien también eran aptos para otros servicios. Como dato curioso, diré que una pequeña flota que iba de Filipinas a Cuba fue atacada por piratas holandeses, pero ante la mortí-

fera reacción de los barcos españoles, tuvieron que renunciar a su captura. Gran parte de los marineros que iban en aquellos galeones eran chinos que lucharon con valor. El mestizaje en las islas era más bien escaso, y la proporción de españoles con respecto a los indígenas en las zonas que dominábamos, era de 1 a 1.000.

El Ejército de guarnición en Filipinas había sido siempre muy poco numeroso, teniendo gran parte de sus efectivos cubiertos por soldados indígenas. Recordemos al Coronel Palanca, el que cooperó con los franceses en Cochinchina en tiempos de Isabel II y de su amigo Napoleón III. El ejército español de tan extraordinario y generoso papel en aquella campaña, estaba compuesto, en gran parte, por soldados tagalos.

Con motivo de los conflictos en las colonias se aumentó el Ejército en Filipinas. En 1895 era de cerca de 20.000 hombres, en 1896 se alcanza la cifra de 41.000, en 1907, 43.000... De este contingente, sólo la cuarta parte eran españoles, el resto, indígenas.

Algunas de las unidades del Ejército en Filipinas lo eran de las denominadas unidades disciplinarias. A finales del siglo pasado no se andaban con medias tintas y se denominaban destacamentos de presidiarios. Éstos podían ver reducidas sus condenas sirviendo en el Ejército y en las colonias, si su comportamiento lo merecía. Así ocurría en Filipinas. Quien fuera Comandante General de Filipinas, don Juan Salcedo, en su libro «Proyectos de dominación y colonización de Mindanao y Joló», dice que «...todos los países (...) han acudido a sus contingentes presidiarios resolviendo a la vez tres problemas de importancia:

«Dar a los seres extraviados un medio de equitativa redención.»

«Descargar los presupuestos del ramo de un gravamen penosísimo.»

«Facilitar la colonización de los braceros más fuertes y baratos que se conocen.»

Este militar quería también paliar la enorme escasez de colonos españoles, que en Cuba apenas sí había sido problema a lo largo de su Historia. Por eso proponía que una vez rehabilitado el «presidiario» podía traer a sus padres, mujer e hijos, transportados por cuenta del Estado, de España a Filipinas... pero sólo el viaje de ida. Para el de vuelta, decía el autor, si el antiguo presidiario se ha rehabilitado de verdad, habrá podido ganar el dinero suficiente para pagarse, y pagar a los suyos, el regreso a España...

Éste es el escenario en el que se va a desarrollar el drama del desastre colonial en Oceanía y cuya complejidad va a dificultar de manera extraordinaria la repatriación.

Pasemos sobre las ascuas de aquellas ruinas, casi de puntillas.

En septiembre de 1897 se requiere al Capitán General de Filipinas para que tome las medidas necesarias, debido a un posible conflicto con los Estados Unidos. Ya nuestro agregado naval en Washington informaba en enero del 98 que en caso de declaración de guerra los Estados Unidos atacarían en primer lugar a las Filipinas. Un mes después volaba por los aires el «Maine», oportuna voladura que como, casi medio siglo después, el sorprendente ataque japonés a Pearl Harbour, derribaría los obstáculos de los no partidarios de la guerra. En marzo se insta al Capitán General de Filipinas a que prepare las defensas ante un inminente ataque de los norteamericanos. Para la defensa de Manila cuenta con unos 8.000 voluntarios. Ya en esas fechas, el Ejército español en Filipinas, debido al envío de tropas desde España, alcanzaba la cifra de 40.000 hombres, ya sabemos que en gran parte estaba formado por regimientos indígenas. A éstos había que añadir las fuerzas de Marina e Infantería de Marina, cerca de 3.000.

Cuando se habla del desastre, se suele incluir en él a todo y a todos: Gobierno, prensa, ejército, marina, opinión pública... Sin embargo algo funcionó bastante bien, si bien algún periodista habló de gigantesco negocio. Negocio o no, la Compañía Trasatlántica sufrió sensibles bajas causadas por la guerra, pero sus capitanes y tripulaciones se comportaron, en muchos casos, de forma generosa y hasta heroica. Cuando se habla del desastre del 98, parece que da gusto ennegrecer las tintas, nosotros vamos a aclararlas un poco. Vamos a hablar un poco de esos transportes de tropas desde España y hacia España desde las colonias.

Lógicamente hay que hablar de las precarias y, a veces, vergonzosas condiciones en que se hacía este transporte de repatriados; pero la culpa no hay que echársela a la Compañía naviera, o sólo a la Compañía naviera. Recordemos que, en algunas ocasiones, los capitanes de los transportes se negaron a embarcar a más repatriados de los que legalmente podía llevar en su barco, y la presión oficial, incluso *manu militari*, les obligó a ceder. Como ocurrió en Puerto Rico, donde el General Ortega ordenó a una sección de artilleros ocupar el barco cuyo Capitán se negaba a meter más soldados que los «reglamentarios», lo que no impidió que el desbarajuste permitiera que para los artilleros que con tanto valor se enfrentaron a la escuadra del Almirante Simpson y que no fueron vencidos, no hubiera sitio en los barcos. Tuvieron que presenciar cómo con sus propios cañones, los que no habían podido acallar la escuadra norteamericana, se hicieran las salvas para izar la bandera de los Estados Unidos sobre los fuertes de San Juan.

A raíz del «Tratado de París», que ponía fin a nuestra presencia secular en las Antillas, se dictaron las siguientes normas para la Compañía Trasatlántica: «Las circunstancias especiales por las que atravesamos y la necesidad imperiosa de terminar la evacuación de La Habana antes del fin de este mes, obli-

gan a forzar los embarques con perjuicio, como es natural, de las comodidades del viaje...»

Existían premuras y presiones de los vencedores, pero también premuras y presiones de los vencidos, deseosos de ver acabados sus sufrimientos y poder regresar cuanto antes a la Patria. No fue este el caso de Filipinas.

La Compañía Trasatlántica tenía desde hacía años, desde 1881, un contrato con el Gobierno para el transporte de tropas y material a las colonias. Su rapidez y eficacia fueron más que notables. En cierta ocasión, el buque alemán «*Russia*» (gemelo del célebre «*Montserrat*» con el que el Capitán Dechamps rompería el bloqueo norteamericano en dos ocasiones), contratado por la «*Trasatlántica*» para aumentar su flota de transporte, fue cargado, cambiado de nombre, sustituida su tripulación y embarcada la tropa en sólo veinticuatro horas. Cuando se produce el levantamiento en Filipinas en agosto de 1896, se envían a Filipinas 5.500 hombres. A las setenta y dos horas de haberse recibido la orden de aprestar los buques, parte el «*Cataluña*» el 3 de septiembre y, poco después, lo harán el «*Antonio López*», el «*Montserrat*» y el «*Isla de Luzón*». Hay que decir aquí que en diecisiete años, esta compañía marítima transportó a las colonias y desde las colonias, casi 1.000.000 de personas, sin contar material, víveres, etc. Hasta la segunda guerra mundial no se vio algo parecido. Del buen hacer de esta compañía en el envío de tropas tenemos el mensaje que el Capitán General Polavieja cursó al Marqués de Comillas, presidente de la «*Trasatlántica*»:

«Tengo la satisfacción de manifestar a V.E. el haber llegado las expediciones de tropas en las mejores condiciones, gracias a los esfuerzos y valiosos elementos que la Compañía Trasatlántica ha aportado, demostrando una vez más su patriotismo...»

En los años de contrato de la «*Trasatlántica*» se hicieron, sólo a Filipinas, 41 expediciones.

Estalla la guerra hispano-americana. La flota norteamericana sale de Hong Kong y bate el 1 de mayo de 1898 el muestrario de viejos barcos españoles en Cavite, bastante antes del desastre de Cervera en Santiago de Cuba (la flota de Cervera fue destruida dos meses después), lo que hubiera podido aconsejar al Gobierno español con respecto a la escuadra de Cervera. En Cavite murieron 58 marinos y hubo 236 heridos. Los norteamericanos tuvieron, en éste y posteriores combates, 25 muertos y 50 heridos.

Poco se sabe de la guerra en Filipinas, salvo de Baler y del combate naval de Cavite. Pero esta guerra fue, no sólo más larga, sino también muy cruenta. El sitio de Manila por parte del ejército de los Estados Unidos duró ciento cinco días. Componen el ejército sitiador 8.500 norteamericanos y 12.000 fi-

lipinos. Una de las brigadas la manda Mc Artur (su hijo, el otro Mc Artur de la Segunda Guerra Mundial, tenía por entonces doce años). Manila se rinde, agotados los recursos, el día 13 de agosto de 1898. El sitio ha costado 49 muertos, 350 heridos y 186 desaparecidos. Los sitiadores, 14 muertos y 60 heridos. Nuestra presencia en las Filipinas había terminado. Nuestra presencia colonizadora, mas no la de aquellos hombres que tenían que regresar a España.

Cuando capituló Manila, se supo que el día anterior, el 12 de agosto se había firmado el protocolo de Washington que sancionaba el armisticio, prólogo de las conversaciones de paz. Esto explica la negativa norteamericana al General Jáudenes, defensor de Manila, para poder consultar con Madrid (a través de Hong Kong) un armisticio que, de haberlo hecho, hubiera evitado a la ciudad los desastres del asalto final. Pero los norteamericanos querían estar en las mejores condiciones para después sacar «tajada» en las futuras negociaciones.

Un escritor norteamericano ha escrito que «una ciudad ha sido ganada por el ejército norteamericano y el resto del país por los insurgentes». No se equivocaba.

Sin embargo, la rendición de la isla de Luzón, donde está Manila, no acaba con la guerra de Filipinas. Las guarniciones españolas estaban diseminadas por todo el archipiélago. En la isla de Mindanao, el General Ríos había organizado, al principio de la guerra hispano-americana, unas columnas para someter a los tagalos de Cebú y de las Visayas, donde las pequeñas guarniciones estaban formadas por pequeños destacamentos de Infantería de Marina. Sometió esta parte del archipiélago, y una vez rendida Manila, esperó en Panay (Iloilo) los acontecimientos. Y durante algún tiempo, ya rendida la capital, mantuvo el pabellón español en Mindanao, Negros, Concepción y Cebú. Enterado de la cesión de Filipinas a los Estados Unidos, se mantuvo algún tiempo en Iloilo (Visayas) hasta que cumpliendo órdenes del Gobierno abandona las Visayas, Paragua (Palawan) y el norte de Mindanao, no dejando tras de sí ni hombres ni material utilizable. Marcha a Manila y deja el mando al General Montero. En Manila consigue de Aguinaldo la liberación de todos los civiles españoles y de los militares enfermos en los hospitales. Y da órdenes al Comandante Génova para que se introduzca en territorio tagalo y procure la liberación de algunos españoles prisioneros de las partidas indígenas. Mientras tanto, los «moros» atacan por sorpresa al General Montero, que muere. Parte a Zamboanga el General Ríos, que rechaza la ayuda del ejército norteamericano, derrota a los tagalos, y somete a su autoridad aquella parte del archipiélago filipino. Podría decirse que les saca las castañas del fuego a los vencedores, porque, lógicamente, poco después ha de hacer entrega de Mindanao, una vez pacificada la isla, al ejército norteamericano. Después, embar-

ca a sus tropas en el vapor «León XIII» y se repliega a Manila, donde embarcan el 3 de julio. Este barco repatriaría 1.600 hombres.

Pero aún quedan en Filipinas muchos soldados por repatriar, algunas tropas al mando del General Jaramillo y muchos prisioneros de los tagalos, que la desidia y hasta el desinterés del Gobierno, mezclado con imposiciones y trabas norteamericanas, ya en guerra con sus «liberados», hacen que la liberación de estos españoles se realice muy lentamente.

Unos 8.000 españoles habían caído prisioneros de los filipinos de Aguinaldo. Éste había capturado en Cavite 1.600, y el muestrario de pequeñas guarniciones y puestos aislados había entregado sus armas, al conocer la noticia del fin de la guerra, a las partidas insurgentes. Muchos se enteraron con gran retraso. Volvamos a recordar otra vez a Baler, que se rindió cuando la guerra había concluido hacía casi un año. Estos prisioneros sufrieron más o menos las penurias del cautiverio según las circunstancias y el talante de sus captores.

En la isla de Luzón, de difícil orografía, los prisioneros se encontraban a veces muy aislados y sin contacto con Manila, que era la esperanza de muchos para poder conseguir la libertad. De hecho, muchos consiguieron llegar a Manila donde se entregaron a las autoridades norteamericanas, que no ponían obstáculos, ya que aquellos fugitivos podían dar interesantes informes de los filipinos. Porque hay que tener en cuenta que existía un estado de guerra entre «liberadores» y «liberados». La guerra entre los Estados Unidos y Filipinas estalló el 4 de febrero de 1899, y duró hasta el 11 de septiembre de 1902. Esta guerra vino a aumentar las dificultades para la liberación de nuestros prisioneros.

Esta situación, no sólo vino a anular el decreto de Aguinaldo sobre la liberación de civiles y militares enfermos, sino que interrumpió el escaso flujo de dinero y recursos que se enviaba, como se podía, a algunos núcleos de prisioneros para aliviar su desgracia. Los norteamericanos no querían que estos recursos fueran a parar a manos de sus enemigos actuales. A finales del año 1898, el número de prisioneros españoles en manos de las tropas de Aguinaldo era de 7.500. La vida de estos prisioneros variaba según los recursos de la provincia o, como ya se ha dicho, el talante de sus captores. En algunos casos, los rendidos en Tarlac, pueden ir a cualquier parte de la isla de Luzón ocupada por los filipinos. Algunos se van a San Fernando de Pampanga donde los recursos para sobrevivir eran mayores. No acertaron porque el jefe insurrecto Mascardo les limitó de forma drástica sus movimientos. Los que se quedaron en Tarlac vivieron en mejores condiciones. Sin embargo, hay que decir que los soldados enfermos fueron muy bien atendidos en el Hospital de San Fernando de Pampanga.

En otros lugares, como en Nueva Écija o en Pangasinán, los prisioneros



sufrieron muy duras penalidades. Los trabajos forzados y las enfermedades como la disentería, el beri-beri o las úlceras fagedémicas se abatieron sobre estos prisioneros. Muchos fueron hospitalizados en lugares donde había hospitales españoles, como en San Fernando, en Tarlac o en Cabanatuán.

Cualquiera de estos prisioneros tenía, teóricamente, asignada una cantidad de dinero proveniente de suscripciones populares promovidas desde España, ante la lentitud y falta de interés del Gobierno, a quien el General Ríos había solicitado 1.000.000 de pesos con destino a los prisioneros de Aguinaldo. La tajante negativa de los Estados Unidos impidió la llegada de estas ayudas. Conviene tener en cuenta que el «Tratado de París», en el artículo 6.º, los Estados Unidos se comprometían a gestionar la libertad de los prisioneros españoles en manos insurrectas, además de correr con los gastos de su repatriación a España.

La incomunicación en la isla de Luzón provocaba hechos tan sorprendentes como que en el valle de Cogayán nadie se había preocupado de la guerra y allí se seguía laborando el tabaco de la Compañía de Filipinas. Ni españoles ni filipinos querían guerra en su pacífico valle.

Volvamos un poco atrás. Tras la capitulación de Manila, se nombra a Mc Artur gobernador militar y civil de la ciudad. Cayeron prisioneros unos 13.000 que fueron repatriados a la llegada de los barcos que enviaba España para este fin. De aquéllos, otros desparramados por las islas, pudo al fin el presidente Filipino Aguinaldo controlar la situación de los prisioneros. Se nombró una comisión hispano-filipina formada por don Antonio del Río, antiguo gobernador civil de Manila, el Comandante Toral y el delegado del Gobierno filipino señor Marcaida. En España también se hicieron gestiones con representantes oficiosos de Aguinaldo. Éste pedía, a cambio de la liberación de los prisioneros, unos millones de pesos, no en concepto de rescate, sino de compensación por los daños ocasionados a Filipinas por la guerra. Pero los norteamericanos se negaron a permitir estos envíos.

Algunos soldados españoles fueron liberados por el ejército norteamericano durante su guerra contra los filipinos, al entrar en sus campamentos y liberar a los prisioneros. Curiosamente, también había prisioneros norteamericanos en manos filipinas, como una unidad de su ejército que fue obligada a rendirse en... Baler.

En Cuba se había presionado, por parte de los vencedores, para que la repatriación hubiera concluido a primeros de diciembre. Posteriormente se dio un mes más de plazo. Estas precipitaciones agravaron el reembarque en aquella que se denominó «La flota silenciosa», la que llegaba a los puertos españoles con heridos y enfermos, que otros se quedaron por el camino del mar, o murieron a la vista de las costas de España. En Filipinas, en espera de la llegada de los barcos de la «Trasatlántica» que debían embarcar a los españoles,

no se dieron estas premuras, y pese al insalubre clima y a las epidemias de fiebre amarilla, beriberi, etc., el reembarque se hizo con heridos más o menos recuperados o con enfermos en mejores condiciones que los de Cuba.

Cuando el 23 de enero de 1899, Aguinaldo decreta la libertad de todos los empleados civiles y de los soldados enfermos, se empiezan a repartir «pases de libertad». Los españoles de Tarlac, Pangasinán y La Laguna, en Luzón, son concentrados en Dagupan; los de Nueva Écija, en Malolos, siendo éstos los últimos grupos que llegan a Manila una vez conseguidos sus «pases de libertad». Porque al estallar la guerra entre filipinos y norteamericanos, con el ataque insurgente a Manila, se interrumpe este flujo de liberados. Al retroceder los filipinos debido al empuje del ejército norteamericano, se llevan con ellos a los prisioneros, incluso los que ya habían obtenido al ansiado pase, que con un nuevo decreto había sido abolido.

Ocurría ahora un hecho paradójico, los españoles y norteamericanos eran aliados contra los filipinos... La presencia de varios miles de prisioneros españoles representaba para Aguinaldo una carga demasiado pesada, así que admitió la gestión de Ríos, ya citada, y se pudo repartir, además, 28.000 pesos entre los prisioneros liberados.

Poco a poco se fueron liberando los últimos prisioneros que, por fin, partieron de Manila hacia España. Uno de los últimos barcos llegó a Barcelona en abril de 1900. Dieciséis meses después de haberse firmado el «Tratado de París». En el mes de junio de 1999, es decir, diez meses antes, había salido de Manila la expedición de repatriados con el General Ríos. Detrás quedaron aquellos miles que aún tuvieron que esperar angustiados, durante interminables meses, la hora de su repatriación.

¿Cuáles fueron las bajas de la guerra en Filipinas? Los listados que se publicaron en el DOMG estaban muy claros en lo referente a Cuba y Puerto Rico, mas no a Filipinas. Solamente se conoce con exactitud el número de enfermos repatriados a España: 2.478.

Las condiciones sanitarias en el Ejército Español en aquel final de siglo eran muy precarias. Las denunció Ramón y Cajal, oficial de Sanidad en el conflicto cubano. La tasa de mortalidad en el Ejército español, 13,49 por 1.000, era en aquellos años muy alta, la máxima en comparación con otros ejércitos europeos. La tasa mínima la tenía Alemania con un 3,97 por 1.000. Sin embargo, y pese a lo dicho, las estadísticas de aquellos años cifran la tasa de mortandad en Filipinas en un 11,2 por 1.000, sensiblemente inferior, no ya a la cubana, sino a la de cualquier colonización europea. Porque las colonias eran un matadero para los contingentes europeos. En Madagascar, la mortandad en la expedición francesa de 1895 fue terrible y las enfermedades obligaron a repatriar al 50 por 100 de sus efectivos, siendo la tasa de mortalidad del 332 por 1.000. El ejército británico en su guerra contra los boers, en la India o

en Sierra Leona (aquí el 483 por 1.000) muestran hasta qué punto, con todo el drama que representa, la situación sanitaria en nuestro ejército colonial no era más que un ejemplo más de este panorama desolador al final del siglo pasado. Sobre todo, el transporte marítimo de tropas en aquellos tiempos representaba un gravísimo problema sanitario para cualquier país. Pero es que en el ejército de los Estados Unidos en Filipinas, el mayor número de muertos lo fueron por enfermedades y epidemias. Entre el 1 de mayo de 1898 y el 30 de junio de 1899, el ejército de los Estados Unidos en Filipinas tuvo 6.619 muertos, de los cuales 5.509 lo fueron por enfermedad, 305 por accidentes, 54 suicidios y 45 asesinados. El porcentaje por enfermedad, como vemos, es altísimo: más del 83 por 100 de muertos lo fueron por enfermedades o epidemias.

Refiriéndonos al caso que nos ocupa, Filipinas, el centro hospitalario más importante estaba en Manila, pero había hospitales militares en otros lugares, como Zamboaga, Joló, Mindanao etc. Enfermerías en otros lugares, como Cottabato, Bonduc, Puerto Princesa, Cebú...; varias estaciones sanitarias y 10 destacamentos sanitarios, sin médico.

En el Hospital de Cañacao había más de 600 enfermos y refugiados que, con el consentimiento del almirante Dewey, pudieron ser evacuados a Manila a bordo del «Isabel I», siendo alojados en el convento de Guadalupe, que estaba extramuros y pronto sufrió el ataque de los insurgentes.

Bien, ya hemos hecho un rápido bosquejo sobre las vicisitudes de los españoles en Filipinas; pero, ¿y los otros españoles? Nos referimos a los que lucharon fuera de Manila o los que guarnecían islas, islotes y archipiélagos, generalmente de forma bastante precaria.

Se da la curiosa circunstancia de que, además de la escuadra de Montojo, la destruida en Cavite, había otra escuadra, llamada así para que nos entendamos. Se trataba de una flotilla de barcos menores que operaba en el archipiélago, una flotilla de 18 barcos, cuyo buque insignia era el transporte armado «General Álava», de unas 1.000 toneladas, mandado por el Capitán de Navío, don José Ferrer y Pérez de las Cuevas. Otros barcos de esta escuadra eran «Elcano», un cañonero de 500 toneladas y otros ocho barquitos de unas 200, además de cuatro diminutas lanchas cañoneras. Era la denominada «División del Sur». La mayor parte de sus tripulantes eran indígenas. Combatieron contra barcos filipinos y hasta apresaron a dos barcos mercantes norteamericanos. Es el caso de «Elcano» que apresó a la fragata «Saranac» que llevaba carbón a la flota del Almirante Dewey. Luego se dedicaron a evacuar puntos aislados y a llevar ayuda alimenticia y sanitaria o a cooperar a la defensa de estos destacamentos, tarea que se prolongó durante mucho tiempo después del armisticio. Es decir, que durante algún tiempo, después del final de la guerra, hubo una escuadra española en el Pacífico. En esta escuadra, la dotación, salvo los mandos, era de marineros filipinos. A falta de carbón se quemaba leña... Tam-

bién navegó por las Marianas y Palaos, que se habían vendido a Alemania, para asegurar este traspaso y evacuar a los españoles aislados. Sólo quedaba Guam, pero este pastel se lo habían reservado los voraces vencedores. Resulta asombroso y hasta divertido el hecho de que, ante la evacuación de todos los españoles de los archipiélagos, se liquidaron armas y material que se vendió, mediante intermediarios, al propio ejército de los Estados Unidos, ya que éstos, metidos en una guerra contra sus «liberados» filipinos, necesitaban armamento, material y municiones.

Las Carolinas no sufrieron directamente los males de la guerra, salvo la incomunicación a la que estuvieron sometidos, con lo que la vida en la colonia se hizo muy dura y difícil. Se enteraron de la guerra gracias a un buque alemán, el «Mercur», que llegó a Ponapé a mediados de junio. Más tarde pudieron saber más noticias de la guerra gracias a otros barcos alemanes y japoneses. Estalló una rebelión en Ponapé, y la falta de recursos hizo muy difícil la situación de los pocos españoles que defendían la Bandera en aquel rincón del Pacífico. Se apresó a un carguero norteamericano que recaló en Santiago de Ascensión, hasta que enterados de la firma del «Tratado de París», fue devuelto a sus dueños. En las Marianas las cosas no rodaron mejor. Ya Washington había puesto el ojo en la isla de Guam, una vez dueños de las Haway, como base idónea para carboneo de la flota. El 20 de junio aparece el crucero «Charlestone» y un transporte que lleva una división, la de Anderson, en ruta hacia Manila. El jefe del puesto de San Luis de Apra desconocía que había estallado la guerra ya que llevaba dieciocho meses incomunicado. Los norteamericanos le dan la noticia a cañonazos, si bien el confiado jefe del puesto cree que son cañonazos de saludo. Se presenta en el «Charlestone» y es hecho prisionero. Y con él todos los españoles de Guam, que son encerrados en las bodegas del crucero. Más tarde serían repatriadas estas familias en el buque «Uranus», el mismo que repatrió a los héroes de Baler, que después pasaron al «Alicante», preparado como buque hospital.

Hay que decir todavía más cosas de los barcos, a veces barquitos, que en Filipinas ayudaron y repatriaron de islas y destacamentos a sus defensores y familias. En muchas ocasiones, las tripulaciones de estos barcos cooperaron en la defensa de destacamentos o de la misma Manila. Éste es el caso del vapor «Alicante», que llegó a Manila el 24 de febrero de 1897 y cuyo Capitán, don Antonio Senís, al ver como un grupo de sublevados atacaban el cuartel de carabineros, ofreció su ayuda y el de su tripulación al Comandante de Marina. Con sus tripulantes armados participó en los combates para dominar la revuelta y restablecer el orden.

Otro barco que se distinguió en el apoyo incondicional a las guarniciones españolas fue el «Isla de Mindanao» al mando de don Antonio Roldós, crucero auxiliar de la escuadra destruida en Cavite. Crucero auxiliar es un mercante

militarizado y, a veces, armado. Fondeó el barco frente a las Piñas y anegó sus bodegas para que no cayera el barco en manos del enemigo. Recibió doce impactos que lo incendiaron. Se ordena abandonar el buque y los botes son perseguidos por los cañonazos yanquis. Los supervivientes se trasladaron a pie hasta Manila y se presentaron a las autoridades de la Marina, se les dieron fusiles y parte embarcó en el vapor «Napinden» para atacar a los insurrectos, y parte se quedó en Manila para cooperar en su defensa.

Los barcos de la «Trasatlántica» que fueron armados como cruceros auxiliares, algunos fueron hundidos o capturados, otros burlaron el bloqueo de Cuba, como el célebre «Montserrat». En Filipinas se distinguió el Capitán Velasco que, pese a las limitaciones que le imponen los norteamericanos vencedores una vez rendida Manila, se dedica durante dos meses y medio con su barco, el «Santander» (vapor de 819 toneladas perteneciente a una compañía naviera de Filipinas) a recorrer las islas para recoger en fuertes y aldeas a soldados civiles. Los recoge en Camarines, Albay, Legazpi, Lingoyen, Batangas y Sorsogón. Los recoge y los deposita en Manila. Recibe por fin la orden tajante de entregar el barco a la Marina norteamericana.

Hablemos de los primeros convoyes de la «Trasatlántica», citados anteriormente. Son el «Buenos Aires», «Satrústegui», «León XIII», «Isla de Panay» y otros. Sabemos que la repatriación es difícil y complicada, debido a la diseminación de puestos y destacamentos que ya el Capitán Velasco, el del «Santander», trató de paliar. El «Uranus», de la Casa Aldecoa de Filipinas, se encarga de rescatar a los «últimos de Filipinas», como ya lo hemos anticipado, los héroes de Baler. Era el día 31 de mayo de 1899. La guerra había acabado hacía bastante tiempo.

En Filipinas se daba la circunstancia de que, además de la necesidad de repatriar los diseminados destacamentos, los barcos españoles tenían que llevar a los soldados norteamericanos que deberían sustituir a los nuestros.

Esta repatriación se hizo, a veces, con esfuerzo heroico. Leemos en los archivos un documento sobre el embarque de tropas en Zamboanga. Al final se dice: «Creo mi deber dar cuenta de la tripulación de cubierta del «León XIII» y la gente de máquina que tripulaban la lancha vaporea, que tan bien se ha conducido en la evacuación de Zamboanga, se aguantaron en los botes haciendo continuos viajes a los muelles y playas hasta que embarcaron a las últimas fuerzas, sin haber descansado un momento...»

Los barcos de la División del Sur fueron vendidos a los Estados Unidos. Ocurrió entonces que la flotilla desarmada y fondeada en Zamboanga y que esperaba al crucero norteamericano «Petrel» fue capturada por los filipinos que se la llevaron a lugar seguro. Las dotaciones habían sido licenciadas y sólo estaban, a cargo de los barcos, tres oficiales de la Armada y unos pocos soldados del Ejército. Entonces, el Teniente de Navío Cano y Puente, con

veinte soldados, embarcan en un bote, y consiguen recuperar a cuatro barcos. Poco después se les une el Capitán de Fragata Pascual de Bonanza, el Teneinte de Navío Quintas y 40 soldados, y recuperan todos los demás, que hacen entrega al crucero «Petrel». En los anuarios navales norteamericanos figuran que estos barcos fueron apresados por su escuadra, lo que ya vemos que es falso.

Las tareas de la repatriación duraron hasta bien entrado el año 1900.

El diario «El Noticiero de Manila» decía lo siguiente: «...Cuando los de Baler regresen a la península, cuando retornen al suelo de la Patria, sus compatriotas los llevarán en triunfo y les ceñirán el laurel de que son dignos los héroes, pero su mayor gloria, su título más honroso, será poder decir: Yo estuve en el sitio de Baler...» El «Alicante» salía de Manila el 27 de julio y llegaría a Barcelona el 1 de septiembre. Este tiempo marca la diferencia con el viaje a Cuba, entonces de quince y 18 días. De Filipinas tardó el «Alicante» treinta y siete días... el doble de tiempo y distancia. Era el «Alicante» un buque de la «Trasatlántica» habilitado como hospital. Era uno de los mejores y en otros viajes y misiones, desde Cuba, fue visitado en Cádiz por el agregado militar alemán que elogió sus instalaciones. También lo elogió el General norteamericano Shafter, que lo visitó en Santiago de Cuba. Éste fue el barco elegido para traer a España, entre otros, a los héroes de Baler.

Ya hemos oído en otras conferencias la tristeza de aquel regreso. Diremos aquí que, al regreso de los héroes de Baler al puerto de Barcelona, el 1 de septiembre de 1899, un periódico decía lo siguiente: «El día 1 de septiembre llegaron a Barcelona, procedentes de Manila, en el vapor “Alicante”, los gloriosos supervivientes de la epopeya de Baler... Esperaban a los treinta y tres héroes en la plaza de la Paz unos cincuenta curiosos y algunos individuos de la Cruz Roja. El Gobernador militar señor García Navarro, de paisano, con sus ayudantes, pasó a bordo luego de llegar el vapor. Alrededor de éste flotaban un centenar de botes rebosando gente. Veíanse en ellos algunas mujeres que iban a recibir a sus parientes y unos cuantos periodistas y fotógrafos, el resto, con escasas excepciones, eran mandaderos de fondas y mozos de cordel. Al desembarcar los treinta y tres, el grupo de curiosos llegaba a un centenar de personas, que aplaudieron con entusiasmo a los recién llegados. Pasaron éstos a Capitanía General, donde el General Despujol les dispensó calurosa acogida, y por la noche fueron obsequiados por los cuerpos de la guarnición con un banquete en el cuartel de Jaime I. Los héroes de Baler partieron para Zaragoza el domingo, día 3, sin que nadie se tomara la molestia de darles la despedida. ¡Como que había que ir a hacer honores al ministro Durán y Bas..!»

Y el periódico «El Imparcial» publicaba poco después lo siguiente: «Contra lo que lógica y racionalmente se había supuesto, y a pesar de que el Gene-

ral Polavieja había dicho que si estaba en Madrid iría personalmente a recibir a cualquiera de los oficiales y soldados de Baler que vinieran a la Corte, no bajó a la estación del Mediodía ninguna representación del ejército...» Después sí hubo recepciones y homenajes, pero el vacío en la estación debió sorprender tristemente a los de Baler.

Hemos mencionado un caso, podríamos llamar, excepcional. Si no de una acogida calurosa, al menos se dispensaron a los de Baler unos homenajes y e les concedieron condecoraciones. Los que llegaron después se hizo ante el mayor silencio e indiferencia, salvo honrosas excepciones.

Había organizaciones privadas, una de ellas, la «Asociación de Familias de los Prisioneros en Filipinas», que editaba un periódico «Los Prisioneros», que hizo más por la liberación de éstos que el propio Gobierno. Las presiones y actividades de estos grupos privados fueron la conciencia de un Gobierno que se declaraba el día 13 de octubre, en las Cortes, impotente para repatriar a los que todavía quedaban en Filipinas. Las críticas contra la desidia del Gobierno fue, en esta publicación citada, durísima. Al señor Silvela le debieron pitar los oídos durante mucho tiempo.

Pero se conocen ciertos datos que muestran lo que había detrás de todas estas conversaciones para la liberación de los prisioneros. En la Cámara de los Estados Unidos se propone que Filipinas reembolse a los Estados Unidos los 20.000.000 de dólares que el país americano ha pagado a España según el «Tratado de París». Piden la concesión de un depósito de carbón en el archipiélago, además de otras concesiones. Medio año después, Aguinaldo acepta el pago de esos dólares de ida y vuelta, además de otras ventajas comerciales y económicas, a cambio de dejar a Filipinas independiente de la interesada tutela norteamericana. Finalmente, ya sabemos que los Estados Unidos, después de una guerra de dos años con las tropas de Aguinaldo, se apoderaron de las islas que sólo pudieron conseguir la independencia años después de acabada la Segunda Guerra Mundial.

Y para acabar algo más distendidos, después de escuchar tales tragedias, vamos a relatar una anécdota verídica. Acodados en el barco que los repatria a España, hay dos Tenientes de infantería que habían conseguido sus estrellas peleando en tierras de Cuba. Baldomero y José se llaman. Los dos observan en silencio la estela del barco que les aleja del lugar en el que dejaron la piel y la sangre, último retazo de un Imperio en el que no se ponía el sol. En determinado momento, José se vuelve a su amigo Baldomero y le dice: «Bueno, no estés triste, al fin y al cabo tú vuelves a la Paz y yo a la Victoria.» Y es que se daba la circunstancia de que la novia de Baldomero se llamaba Paz y la suya, la de José, Victoria. Baldomero y José son dos personajes históricos. No llegamos a conocer a don José Rodríguez, pero sí a su mujer doña Victoria Valero. Ellos fueron los padres del Teniente de la guardia civil defensor del Al-

cázar de Toledo, el primero que pudo abrazar a sus liberadores la misma noche en que un tábor de regulares llegaba hasta las ruinas del glorioso edificio; y de Victoria, casada con el laureado, también defensor del Alcázar, Capitán Alba. Pero también conocimos, conocí, a doña Paz, mi abuela, que fue la que me contó esta historia en un momento de buen humor, ya que doña Paz, que era bastante poco pacífica, tenía el carácter que se le adjudica a un Sargento de dragones.

La anécdota de los dos Tenientes repatriados muestra hasta qué punto las desgracias jamás aplastan a aquellos que son capaces de ver en el horizonte la luz de la esperanza.





Mapa de las Islas Filipinas.